

La relación entre los militares y los corresponsales argentinos autorizados a informar desde las islas durante la guerra de las Malvinas¹

The relationship between the military and Argentine correspondents authorized to report from the islands during the Falklands War

A relação entre militares e correspondentes argentinos autorizados a cobrir in loco a Guerra das Malvinas

EVA LAVÍN, Universidad Rey Juan Carlos, Madrid, España (eva.lavin@urjc.es)

JORGE GALLARDO-CAMACHO, Universidad Camilo José Cela, Madrid, España (jgallardo@ucjc.edu)

RESUMEN

La guerra de las Malvinas marca un punto de inflexión en el periodismo de guerra. La localización de las islas a 464 kilómetros de las costas argentinas y a más de 12.700 kilómetros de las británicas hizo que los militares ejercieran la censura informativa y permitieran el acceso a unos pocos corresponsales. El artículo recurre a una metodología cualitativa basada en la entrevista en profundidad a los corresponsales argentinos que cubrieron el conflicto, en las que recoge testimonios inéditos. Se concluye que existió un intento manipulador, aunque queda patente una descoordinación entre los mandos militares con respecto a los criterios censores.

Palabras clave: corresponsales de guerra, guerra de las Malvinas, censura, fotoperiodismo, informe Rattenbach.

ABSTRACT

The Falklands War marks a turning point in war journalism. The islands location at 464 kilometers from the Argentine coast and more than 12,700 kilometers from the British caused the military to exercise information censorship and allow access to a few correspondents. This paper uses a qualitative methodology based on in-depth interviews to Argentine correspondents who covered the conflict to get a new vision through unpublished testimonies. The article concludes that there was a manipulative attempt, although it is clear there was an incoordination between the military controls regarding the censorship criteria.

Keywords: war correspondent, Falklands War, censorship, photojournalism, Rattenbach report.

RESUMO

A Guerra das Malvinas marcou um ponto de inflexão no jornalismo de guerra. A localização das ilhas, a 464 km da costa da Argentina e a mais de 12.700 quilômetros dos britânicos, permitiram aos militares censurar informações e liberar o acesso a campo para poucos correspondentes. O artigo utiliza uma metodologia qualitativa, baseada em entrevistas em profundidade com os correspondentes argentinos que cobriram o conflito. Concluiu-se que houve tentativa de manipular as informações por parte dos militares, embora a falta de coordenação entre o comando militar evidenciou uma falta de critério em relação aos temas censurados.

Palavras-chave: correspondentes de guerra, Guerra das Malvinas, censura, fotojornalismo, Relatório Rattenbach.

Forma de citar:

Lavín, E. y Gallardo-Camacho, J. (2017). La relación entre los militares y los corresponsales argentinos autorizados a informar desde las islas durante la guerra de las Malvinas. *Cuadernos.info*, (40), 123-136. <https://doi.org/10.7764/cdi.40.1054>

INTRODUCCIÓN

Militares y periodistas son dos colectivos que históricamente siempre han desconfiado mutuamente: los reporteros porque no creen que la información que les llega sea transparente y los militares porque consideran que la prensa trata los temas con superficialidad y en ocasiones sin conocimiento y, por tanto, de forma errónea (Knightley, 2004; Pizarroso, 2005; Pizarroso, González & Sapaq, 2007). Esta relación compleja ya se puso de manifiesto con uno de los primeros corresponsales de guerra, William Russell, cuando cubría la guerra de Crimea. Sus primeras informaciones fueron bastantes críticas con el ejército inglés. Causó estupor en Londres cuando hablaba de la perfecta organización de los franceses frente a la deficiente organización inglesa (Braojos, De Pablo & García, 1999). Estas críticas no fueron bien aceptadas por el ejército, que decidió no reconocer la figura del corresponsal, al cual desde ese momento se le dificultó la cobertura: se le negaron raciones de comida o asistencia, además de sufrir acoso por parte de los oficiales (Greenslade, 2013).

Este hecho muestra lo que posteriormente han sido las relaciones entre ambos grupos, y es que la historia de los conflictos armados, sobre todo a partir del siglo XX, no se entiende sin analizar los aspectos comunicativos, considerando que nadie puede negar la relación entre la opinión pública y una guerra (Betancur, 2004; Pizarroso, 2008; Ramonet, 1997). Y en ese entramado, la censura es consustancial a la guerra. Puede estar en la misma fuente, en el control de los canales que utiliza el informador o en los propios medios de comunicación. De ahí la relevancia de analizar el caso de la guerra de las Malvinas, porque a partir de este conflicto, según Philip Knightley (2001), se desarrolló la teoría de que si el gobierno se enfrenta a los medios de comunicación y les dice que no los autoriza a cubrir la guerra, los periodistas llegan a estar tan desesperados que pueden incluso avenirse a un trato: cubrir la guerra a cambio de cumplir con las reglas del Ejército.

MARCO TEÓRICO

El golpe de Estado del 24 de marzo de 1972 y el comunicado 19 de la Junta Militar —“será reprimido con reclusión de hasta 10 años el que por cualquier medio difundiera, divulgare o propagara noticias, comunicados o imágenes con el propósito de perturbar, perjudicar o desprestigiar la actividad de las FF.AA. de seguridad o policiales” (Menajovsky, 2011)— influyeron en los medios cuando, en enero de

1982, iniciaron una campaña a favor de recuperar las islas Malvinas (Pizarroso, 2005). El 2 de abril de ese año, la prensa argentina anunciaba el desembarco de las tropas nacionales en el archipiélago, y el general Mario Benjamín Menéndez era nombrado gobernador militar del mismo. Ese mismo día, el secretario de Información Pública, Rodolfo Baltiérrez, convocó a los directores de los diarios de tirada nacional y les anunció que toda la información se centralizaría en el Estado Mayor Conjunto (Escudero, 1996). Las negociaciones fallidas entre Argentina y Gran Bretaña desembocaron en una guerra que no había sido prevista. El 30 de abril la flota británica llegó al Atlántico Sur, imponiendo una zona de total exclusión alrededor de las islas, lo que daría paso a los bombardeos que comenzaron el 1 de mayo y terminarían el 14 de junio con la rendición de Argentina (Kaplan, 1984).

Los corresponsales de todo el mundo viajaron a Argentina en los inicios del conflicto e intentaron fletar barcos para poder acercarse a la zona de guerra, pero tuvieron que desistir al comprobar los desorbitados precios que exigían los armadores y, sobre todo, cuando el Reino Unido advirtió de que sus fuerzas abrirían fuego contra cualquier barco que entrase a la zona de exclusión. Esto permitió al gobierno británico tener un control total sobre la información, consiguiendo ocultar hasta el final de la guerra algunos hechos que, de ser conocidos por la opinión pública en ese momento, le habrían perjudicado; entre ellos, ciertos ataques sufridos por sus barcos o la avería del Invencible nada más salir del puerto de Portsmouth. El gobierno argentino también ejerció una gran presión sobre los medios de comunicación de su país, con las “Pautas a tener en cuenta para el cumplimiento del Acta de la Junta Militar disponiendo el control de la información por razones de seguridad”, en las que, entre otras cosas, prohibía restar credibilidad o contradecir la información oficial (Burkart, 2013). De ahí, la importancia de hablar directamente con los periodistas que se encontraron allí.

El señalado control de los medios impresionó a los militares norteamericanos y marcó sus relaciones con los periodistas en los sucesivos conflictos. El capitán norteamericano Arthur A. Humphries escribió en la revista de la Escuela Naval en mayo de 1983: “Un acceso controlado a los combates, invocar la censura y brindar apoyo con un sentido patriótico en casa y en el campo de batalla. Tanto Argentina como Gran

Bretaña nos mostraron cómo hacer primar la sabiduría” (Shor, 1998, p. 69).

Ejemplo de lo anterior fue la operación de la invasión de la isla caribeña de Granada de 1983, que se realizó con total secretismo para evitar filtraciones a la prensa y nadie pudo informar hasta que los militares dieron acceso informativo, 48 horas después, cuando la isla estaba bajo su control. Muchos periodistas denunciaron que aviones compatriotas dispararon a sus embarcaciones cuando intentaban llegar a la isla, por lo que debieron quedarse en las islas Barbados. Finalmente, y tras muchas presiones, los estadounidenses dieron acceso a quince de los setecientos reporteros presentes, pero los elegidos rehusaron compartir su material, por lo que se la denominó “la invasión no cubierta” (Knightley, 2004). Los medios de comunicación, por tanto, solo contaban con la información facilitada por el Departamento de Defensa norteamericano, noticias que muchos reporteros ponían en duda. Las imágenes del conflicto que llegaron a los hogares estadounidenses mostraban a jóvenes estudiantes norteamericanos que corrían al encuentro de los militares. Las encuestas de opinión posteriores revelaron un apoyo masivo del público de Estados Unidos a las restricciones impuestas a los periodistas y elevó de forma espectacular la popularidad del presidente Reagan. Esta vez sí, la operación había obtenido el resultado esperado, pero la reacción de la prensa no se hizo esperar y reclamó su derecho a informar. Para suavizar las tensiones, el general Vessey nombró una comisión dirigida por el general retirado Winant Sidle para que estudiara cómo tenía que ser la relación entre los militares y los medios de comunicación durante la cobertura de futuros conflictos armados. Para ello, Sidle trabajó conjuntamente con las cuatro ramas de las Fuerzas Armadas y las principales organizaciones periodísticas de Estados Unidos. Al final se acordó por unanimidad que los medios norteamericanos debían “cubrir las acciones militares de Estados Unidos hasta donde lo permita la naturaleza de la misión y la seguridad de las Fuerzas Armadas” (Comisión Sidle, 1984, p. 88). La comisión aprobó el 23 de agosto de 1984 ocho recomendaciones para crear un sistema viable destinado a garantizar el acceso de los medios al campo de batalla en las futuras operaciones militares. Entre ellas estaba la planificación simultánea de la operación tanto militar como informativamente, la creación del *pool* y selección de un grupo de corresponsales preestablecido para ganar en rapidez (Comisión Sidle, 1984).

El *pool* tenía por finalidad integrar en las operaciones militares a un pequeño grupo de periodistas seleccionados, que luego compartían sus informaciones con los excluidos para conciliar un doble objetivo: garantizar la seguridad de los periodistas y controlar la información. Esta idea de compartir noticias bélicas por parte de varios diarios ya había surgido en la Guerra Franco-Prusiana, pero allí lo hizo por iniciativa de los propios periódicos, para rentabilizar al máximo la labor de los periodistas enviados al frente (Bordería, Lagura & Martínez, 1998).

Este modelo se testó por primera vez en abril de 1985, pero se realizaron nueve pruebas más para ejercitar a los participantes, aunque la primera gran operación fue en diciembre de 1989 con la invasión de Panamá en la llamada “Causa Justa”. El secretario de Defensa, Dick Cheney, decidió utilizar el modelo del *pool* pero solo dos horas antes de que comenzara la operación, por lo que se retrasó la cobertura. Los reporteros embarcaron siete horas más tarde que los militares y después debieron permanecer cuatro horas en una base militar norteamericana de Howard, desde donde informaron los dos primeros días. El resto de los periodistas que viajaron esperando ser incluidos en el *pool* se vieron obligados a volver a casa, ya que no se les dio acceso al campo de batalla. La cobertura de la operación se ciñó a lo esperado y no circularon imágenes de soldados estadounidenses caídos. La opinión pública norteamericana recuperaba poco a poco la confianza en sus militares. La operación “Causa Justa” fue uno de los mayores ejemplos de control sobre los corresponsales de prensa, ya que los militares no solo pudieron revisar la información, sino que consiguieron poner a la prensa de su lado, como en el pasado. El método puesto en marcha por el ejército en las invasiones americanas de Granada y Panamá se consolidó en la guerra del Golfo. Militares estadounidenses y británicos trabajaron juntos para permitir solo el acceso de un número limitado de periodistas al campo de batalla (Lavín & Römer, 2015).

Concretamente, la relación entre los corresponsales y los militares durante la guerra de las Malvinas marca un punto de inflexión en las futuras coberturas de conflictos. Por ello, es fundamental conocer los testimonios de los reporteros argentinos que estuvieron en las islas, para conocer realmente cómo fue esa relación y, por tanto, verificar el papel de la censura de los militares argentinos en este conflicto.

OBJETIVOS DE LA INVESTIGACIÓN

Antes de desarrollar la metodología de la investigación, es necesario establecer sus objetivos:

- O1 El primer objetivo es analizar la relación entre reporteros y militares para demostrar las dificultades con las que se encontraron los periodistas presentes en las Malvinas para informar.
- O2 El segundo objetivo consiste en observar si esas injerencias de los militares estuvieron bien planificadas y organizadas o si ese control informativo fue desorganizado.
- O3 Otro objetivo planteado en la investigación es el de comparar la versión oficial del ejército argentino con respecto a lo que sucedió con los periodistas según el testimonio de estos.

En líneas generales, se pretende aportar una nueva visión de la guerra de las Malvinas a través de testimonios inéditos de los profesionales de la información que vivieron el conflicto desde las trincheras.

METODOLOGÍA

Para la consecución de los objetivos planteados se empleará el método cualitativo y, concretamente, la entrevista en profundidad, a fin de comprender la

relación entre los militares y corresponsales argentinos (O1, O2). Es importante reseñar que en Argentina solo se consideraba corresponsal de guerra al “periodista profesional que ha hecho un curso de un año y medio en el Ejército, Armada o Fuerza Aérea y que lo ha aprobado. Luego te da autorización para asistir en operaciones [de guerra] en cualquier escenario bélico en el que intervenga la Argentina. Pero también te da obligaciones, como el uso de uniforme, grado militar y sujeción absoluto a la jerarquía” (Pérez Andrade, 2015). De todos los profesionales que cubrieron el conflicto, solo Eduardo Rotondo tenía esa categoría. En este artículo denominaremos a todos indistintamente ‘corresponsales’, teniendo en cuenta la acepción de la Real Academia Española (2015), que lo define como “la persona que habitualmente y por encargo de un periódico, cadena de televisión, etc., envía noticias de actualidad desde otra población o país extranjero”.

En este artículo se mostrarán las entrevistas a nueve de los once corresponsales vivos que cubrieron el conflicto desde las islas. No aparecen Alfredo Lamela (camarógrafo de ATC) ni Eduardo Navone (fotógrafo de la agencia Télam), por haber fallecido; ni otros dos profesionales de la agencia Télam (el periodista Carlos García Malod y el ayudante técnico Alfredo Arcuri), por estar ilocalizables. Sí se incluye el testimonio del fotoperiodista Rafael Wollman, por considerar que es de gran interés: fue el único fotógrafo profesional que retrató la invasión y sus instantáneas se publicaron en la prensa

Nombre	Profesión	Nombre del medio	Tipo de medio
Rafael Wollmann	Fotógrafo	ILA	Agencia
Nicolás Kasanzew	Periodista	ATC	Televisión
Marcos Novo	Ayudante de cámara	ATC	Televisión
Diego Pérez Andrade	Periodista	Télam	Agencia
Juan José Marc	Periodista	Télam	Agencia
Román Von Eiksten	Fotógrafo	Télam	Agencia
Eduardo Farré	Fotógrafo	Télam	Agencia
Juan Carlos González	Técnico de radiocomunicaciones	Télam	Agencia
Rodolfo Schroh	Técnico de radiocomunicaciones	Télam	Agencia
Eduardo Rotondo	Camarógrafo/fotógrafo	BAI Press	Agencia

Tabla 1. Profesionales entrevistados que estuvieron en las Malvinas

Fuente: Elaboración propia.

de todo el mundo (después de la invasión abandonó las islas y no estuvo presente durante los combates). La muestra de la investigación se puede ver en la tabla 1, con los detalles profesionales de los entrevistados.

Las entrevistas fueron semiestructuradas y presenciales en Buenos Aires, salvo dos que debieron hacerse por teléfono, por encontrarse los profesionales en otras localidades argentinas. Se realizaron en abril y mayo de 2015 durante una estancia de investigación, pero la búsqueda de los contactos comenzó dos meses antes. La duración de cada encuentro fue de aproximadamente dos horas. Además, Nicolás Kasanzew facilitó un ejemplar de su libro *Malvinas a sangre y fuego*, ya descatalogado, en el que narra su experiencia en el conflicto y que se citará a lo largo del trabajo.

Tras realizar las entrevistas en profundidad se estructuró el artículo de manera cronológica, para evidenciar de forma más clara los cambios en la relación entre los militares y los corresponsales en función de cada etapa de análisis.

Con respecto a la consecución del Objetivo 3, se ha analizado el informe final elaborado por la Comisión de Análisis y Evaluación de las Responsabilidades del Conflicto del Atlántico Sur (Informe Rattenbach, 1982). El informe fue encargado tras la guerra, bajo el gobierno de Reynaldo Bignone, y desclasificado en 2012 por el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner. De esta manera, se puede comparar la versión oficial sobre la relación con los corresponsales por parte de la rama militar durante el conflicto de las Malvinas, con el testimonio de los entrevistados.

RESULTADOS

LA RELACIÓN DE LOS MILITARES CON LOS CORRESPONSALES

Los profesionales que cubrieron el conflicto desde el archipiélago fueron relativamente pocos. Los más numerosos pertenecían a la agencia de noticias Télam: nueve profesionales (periodistas, fotógrafos y técnicos), que desde la invasión hasta la rendición estuvieron informando. Por su parte, la cadena de televisión ATC (Argentina Televisora Color), también pública, mandó a tres profesionales (un periodista, un operador de cámara y un ayudante de cámara). Además, la agencia BAI Press envió al camarógrafo Eduardo Rotondo. Pero los propios corresponsales aseguran que si otros profesionales argentinos hubieran querido quedarse en las islas, no habrían tenido problemas para hacerlo. Nicolás Kasanzew, periodista de la cadena ATC, y Eduardo Rotondo, camarógrafo

y fotógrafo de la agencia BAI Press, presenciaron cómo el general Menéndez ofrecía a los reporteros quedarse, aunque al final preferían volverse a Comodoro Rivadavia (Kasanzew, 2015; Rotondo, 2015).

Los corresponsales extranjeros contaron con mayores limitaciones y debieron informar cubriendo el conflicto desde el hotel Sheraton de Comodoro Rivadavia. Los fotógrafos argentinos podían viajar por toda la Patagonia, pero a los extranjeros no se les dejaba pasar de Río Negro. Ante esta situación, los medios extranjeros intentaban comprar las fotografías a los reporteros argentinos o a los militares que vendían ilegalmente las que mandaban los reporteros desde las islas (Wollmann, 2015).

La relación de los militares con la prensa no fue la misma desde el comienzo de la invasión hasta el final de la guerra, ni tampoco lo fue entre los diferentes rangos de la Fuerza Armada (de ahí la necesidad de exponer los resultados según un orden cronológico).

Durante la invasión argentina (2 y 3 de abril de 1982)

En esta fase destaca el papel de los periodistas presentes en la zona antes de la llegada de los corresponsales autorizados por Argentina y que se enfrentaron a los primeros intentos de control y manipulación. Rafael Wollmann, fotoperiodista de la agencia ILA (Imagen Latinoamericana), junto a los corresponsales británicos Simon Winchester (del diario *The Sunday Times*) e Ian Mather con su fotógrafo Tony Prime, de *The Observer*, fueron los únicos reporteros que se encontraban en las islas cuando se produjo la ocupación. Wollmann llegó antes (el 23 de marzo) a fin de realizar un reportaje para la agencia *Gamma* sobre las islas, mientras que los británicos acudieron para informar sobre el incidente de las Georgias del Sur.

Según Wollmann, la tarde del 1 de abril, el gobernador *sir* Rex Hunt avisó por radio a toda la población que permaneciera dentro de casa, porque se iba a producir la invasión argentina y los *marines* tenían orden de disparar a matar. Wollmann recibió un disparo intimidatorio en la ventana de su alojamiento mientras fotografiaba al vicecomodoro argentino Héctor Gilbert dirigiéndose a la casa del gobernador. Tras la rendición, salió para fotografiar lo que estaba pasando y captó unas instantáneas que darían la vuelta al mundo. Reconoce que era un momento tenso, porque los ingleses tenían las manos en alto aunque estaban aún armados y, en cualquier momento, se podía producir un enfrentamiento (Wollmann, 2015).

Wollmann fue el único profesional que pudo moverse libremente por las islas hasta el 3 de abril por la tarde,

cuando llegó un avión cargado de enviados especiales. Según él mismo relata (Wollmann, 2015), los militares argentinos estaban desconcertados con respecto a quién era él y por qué se encontraba allí, pero como no había nadie de prensa y era argentino, pasó desapercibido. Recuerda que cuando los militares con rango lo veían le decían “tenemos que hablar”, pero al final pudo hacer su trabajo con total libertad. Sin embargo, cuenta, tras el incidente de las Georgias sí hubo un mayor control sobre lo que salía del archipiélago. Por ejemplo, en el vuelo del 30 de abril envió con el piloto el material fotográfico que tenía hasta entonces para que se lo entregara a la agencia, pero él lo entregó finalmente a las Fuerzas Armadas. Le secuestraron los rollos y fue la Fuerza Aérea la que reveló y revisó el material; sin embargo, lo devolvieron a la agencia al no encontrar nada sospechoso. Por ello, Wollmann no dudó en volver al país en el vuelo del 3 de abril, el primero tras la ocupación, con el material de la invasión. Para burlar con mayor facilidad el control militar, cogió rollos vírgenes y los cortó como hacía con los expuestos, y los puso en su bolso mientras le pasaba los reales a otro compañero. Las fotografías de Rafael Wollmann ilustraron las portadas de casi todos los medios, al ser las únicas que existían. El impacto de las mismas, con los soldados británicos rendidos en el suelo o con los brazos en alto, generó un rumor que el propio autor nunca creyó, pero afirma que en ese momento algunas voces dijeron que Margaret Thatcher había mandado la flota tras ver sus documentos gráficos.

Eduardo Rotondo (2015), de la ABC de Estados Unidos, cuenta otra anécdota que demuestra el poder de la imagen, pero esta vez del vídeo. Se encontraba en Río Gallegos intentando cruzar por tercera vez hacia las islas antes de que comenzara la guerra, y los militares argentinos le pidieron un favor a cambio de ayudarlo a viajar en uno de sus aviones: que grabara unos tanques antes de llegar a las islas, porque allí estos se hundían por el suelo pantanoso. Cuando llegó al lugar del conflicto, siguió filmando y se olvidó de la grabación de esas imágenes, que finalmente se emitieron en Estados Unidos como si hubiesen sido rodadas en las islas. Según el camarógrafo, un militar inglés le dijo veinte años después que llevaron tanques pesados a la zona y que se quedaron todos atascados, ya que probablemente los británicos se confundieron con la difusión de las imágenes (Rotondo, 2015). Por tanto, y relacionado con los dos primeros objetivos de la investigación (O1 y O2), ya en esta fase previa a la ocupación argentina se observa un control inicial de las comunicaciones

que salían del archipiélago, aunque de manera más que improvisada, porque los militares no contaban con la presencia de un periodista argentino en la zona.

Durante la ocupación argentina (del 3 de abril al 1 de mayo de 1982)

En esta etapa se produjo la llegada planificada de los primeros corresponsales enviados tras la autorización argentina. De esta manera, los militares fletaron al día siguiente de la invasión, el 3 de abril, un avión para que unos 40 reporteros pudieran retratar la ocupación argentina en las islas. Ese día los militares no ejercieron la censura, aunque los reporteros que acudieron por la tarde solo podían hacer fotografías positivas porque, según Wollmann (2015), los prisioneros ya no estaban y no quedaban rastros de la invasión, los tanques anfibios se habían ido y los soldados estaban con la cara lavada. La mayoría de los enviados se volvieron a Comodoro Rivadavia, pero ese día ya se instalaron los primeros corresponsales de la agencia de noticias Télam, el periodista Juan José Marc, el fotógrafo Román Von Eiksten y el técnico ayudante Alfredo Arcuri, a los que se uniría el día después el técnico de comunicaciones Rodolfo Schroh (Marc, 2015). Al llegar, los militares los llevaron en un vehículo todoterreno desde el aeropuerto al salón de actos donde se encontraba el general García, comandante del teatro de operaciones. Cuando Juan José Marc (2015) les presentó el salvoconducto a los militares, el comandante le dijo: “Yo no sé si usted sabe mucho de las estructuras militares; esto para mí es una orden, está autorizado, pero no me pida más nada”. El general García también le preguntó si iba a utilizar ropa militar y al decirle que no, le advirtió de “que podría ser considerado un *kelper* o residente de la isla. Además de no recibir ni comida ni alojamiento” (Marc, 2015).

Durante esos primeros días, los reporteros solo encontraron problemas logísticos: no contaban con un medio de transporte para moverse por las islas, dependían de los militares y fallaban sus sistemas de comunicación. Pero, según cuenta Marc (2015), en ese tiempo su medio no daba mucho valor a lo que pasaba allí, ya que de las 470 crónicas que envió solo publicaron 14, algo de lo que no fue consciente hasta que volvió. Eduardo Farré (2015), fotógrafo de la agencia que llegaría el 20 de abril, recuerda que no había mucha actividad al inicio y que su trabajo consistía en retratar a los soldados haciendo tareas. Tenían libertad para moverse y en ocasiones los llevaban a determinados lugares que los militares querían que filmaran.

Cuando se rompieron las negociaciones con el gobierno de Perú, que había solicitado una tregua de 72 horas a los dos países para llegar a una solución pacífica, según Román Von Eiksten (2015), lo primero que conjeturaron es que los ingleses bombardearían el aeropuerto, por lo que solicitaron permiso para grabar allí al capitán Fernando Orlando Rodríguez Mayo, el oficial de prensa de la Gobernación Militar, pero se lo denegaron.

Por tanto, en esta fase de la investigación observamos inicialmente que la intencionalidad censora del Ejército con la llegada de los periodistas era planificada y que podría seguir una estrategia ordenada y alineada con los intereses de los militares: llegaban fletados en un avión militar, a un sitio donde solo se podían reflejar historias “positivas” y con un transporte limitado a donde fuesen los militares. Sin embargo, el inicio de la guerra tensaría más las relaciones entre militares y corresponsales, cambiando esta situación.

Durante la guerra de las Malvinas (del 1 de mayo al 14 de junio de 1982)

Durante la guerra, se acentuaron las tensiones entre corresponsales y militares y se vislumbró la disparidad de criterios censores entre los propios militares, y entre Malvinas y Buenos Aires. El primer bombardeo se produjo el 1 de mayo y con él llegó también el primer incidente grave de los militares con la prensa. Diego Pérez Andrade, a pesar de no contar con la autorización para cubrir el ataque, acudió con los dos fotógrafos de su agencia Télam al aeropuerto para informar de los daños. Recorrieron la pista de aterrizaje, vieron que no estaba tan dañada y —como recuerda el periodista—, enviaron un despacho informativo en el que decían que la pista estaba operativa. Al día siguiente lo felicitaron por su trabajo, pero por la tarde le anunciaron que se le expulsaba de la isla. Sin embargo, finalmente, el gobernador cambió de opinión porque asumió que la responsabilidad no había sido suya. Tras los bombardeos, centenares de militares con máquinas armaron con tierra cráteres fingidos, para que los británicos pensarán que la habían dañado y así no la siguieran bombardeando. Pero la descoordinación entre mandos y la ausencia de órdenes claras hizo que el control de la información fallara y que el gobernador afirmara que en Malvinas libraban una guerra y en Buenos Aires, otra (Pérez Andrade, 2015). Eduardo Farré (2015), el autor de la fotografía de la pista, apoya este descontrol entre el equipo de inteligencia de la isla con Buenos Aires. Desde la redacción de la agencia Télam, Juan José Marc,

que ya había vuelto de las Malvinas y que ejercía como secretario de Información Internacional, vivió desde la redacción este incidente. Explica que ellos tenían un comisario “censor”, pero habían recibido la orden de publicar todo lo que llegara de Malvinas porque ya venía censurado desde allí (Marc, 2015). Sin embargo, quedó demostrado que no había funcionado el sistema de control de la información proveniente de las islas. En este contexto, se le retiraron los equipos de transmisión a la agencia Télam durante algunos días. Según Juan Carlos González (2015), el comandante jefe en Buenos Aires le pidió al general Mario Benjamín Menéndez, gobernador militar de Malvinas, explicaciones por las informaciones transmitidas desde la agencia y ordenaron retirarles los equipos hasta nueva orden. De todas formas, eso no impidió que siguieran trabajando, ya que transmitían desde la oficina de Cables & Wireless, donde además se encriptaba la señal.

El capitán Rodríguez Mayo ejerció de censor de los reporteros destinados en las Malvinas y generalmente acompañaba a los equipos cuando realizaban alguna actividad. No obstante, los llevaba a lugares sin valor informativo y dificultaba cubrir la guerra con libertad de movimiento. Algunos, como Kasanzew (2015), tienen la teoría de que en ocasiones los utilizaban para mostrar situaciones o recursos que les convenían.

Rodolfo Schroh (2015), técnico de la agencia Télam, afirma que el capitán Rodríguez Mayo era quien filtraba la información. Juan Carlos González (2015), técnico también de radio de Télam, señala que era ese capitán quien supervisaba la señal de radio que enviaban a la agencia, y los textos. Si había cosas que no quería que se transmitieran, tachaba el párrafo. Con la televisión trabajaba de forma parecida. Según Kasanzew (2015), si el capitán les acompañaba en la grabación, les decía qué podían mostrar, pero cuando no iba con ellos les revisaba las imágenes a través del visor, complementando la imagen con unos auriculares, y les decía qué borrar todas las noches. Por su parte, Rotondo (2015) explica que cuando les hacía borrar las imágenes que no autorizaba la cinta perdía el sincronismo, por lo que se anulaban las imágenes que venían después. Por ejemplo, de una grabación de veinte minutos, acababan perdiendo cinco por cada minuto censurado, algo que generó muchos enfrentamientos entre corresponsales y militares. Pero el capitán Rodríguez Mayo, además de censurar el material, era el encargado de gestionar las autorizaciones para el frente. De hecho, según Pérez Andrade (2015), como generalmente les denegaba el permiso, ellos empezaron a “puentearlo” e irse

con el comandante en jefe de la Armada, Jorge Isaac Anaya, que era más flexible. Kasanzew recoge en su libro *Malvinas a sangre y fuego* las diferentes fases de censura por las que pasaba su material de televisión: había una primera censura en Puerto Argentino, luego en Comodoro Rivadavia los censuraba la Fuerza Aérea y, finalmente, en Buenos Aires el trabajo recaía en los censores de Inteligencia del Ejército.

El incidente del 1 de mayo hizo que el control se acentuara después del comienzo de la guerra y los militares terminaron por secuestrar la radio a la agencia Télam, aunque pudieron seguir transmitiendo desde la oficina de Cables & Wireless, donde la censura dependía de la Fuerza Aérea. Juan Carlos González (2015) añade que sus equipos eran de radioaficionados y sus emisiones eran abiertas, y así cualquiera podía escuchar la información que transmitían. Por ello, cuando se los devolvieron, los reporteros de Télam afirman que trabajaron con más moderación para que no se los volvieran a quitar. Tal situación pudo afectar también a los profesionales de ATC, cuyos equipos, según Marcos Novo (ayudante de cámara de la televisión), estuvieron a punto de ser incautados (Novo, 2015). A partir de este incidente se produjo un control férreo de la prensa. Los propios corresponsales solicitaron directrices para poder trabajar con mayor libertad y que su material no fuera eliminado, y lo único que se les transmitió es que no podían comunicar ubicaciones o datos sobre los regimientos o número de soldados. A partir de ese momento no tuvieron tantos problemas, según Rotondo (2015). Pero reporteros como Kasanzew (2015) o Pérez Andrade (2015) recuerdan que realmente no había ningún criterio válido, que muchas veces impedían transmitir informaciones por precaución, pero otras acababan censurando cosas absurdas, debido a la improvisación y a la ausencia de reglas claras y establecidas.

El proceso que seguían las fotografías era distinto: cuando no conseguían transmitir las por radio (la mayoría de las veces), se mandaban los rollos o carretes a través de los aviones Hércules, que burlaban el bloqueo, para que se revelaran en Buenos Aires. De ahí, pasaban por un control de las unidades de Inteligencia y se devolvían las autorizadas a la agencia (Farré, 2015). Juan José Marc (2015) atestigua que no podían llegar imágenes directamente a la agencia que no hubieran pasado por el Estado Mayor General del Ejército o el Estado Mayor Conjunto. Y explica que los textos que se enviaban a la agencia no pasaban por este trámite y que no recuerda la figura de ningún censor en la agencia:

primero, porque Jorge Manuel Iglesias (director periodístico de la agencia) era un hombre de confianza de la Marina; y segundo, porque difícilmente los oficiales de la Fuerza Armada podrían censurar a la prensa, al no haber sido capacitados para evaluar el material periodístico (salvo en el caso de un oficial de Inteligencia). Al final, los reporteros burlaban la censura o jugaban con el descontrol entre los diferentes miembros de la Fuerza Armada; y algunos —como el equipo de televisión de la ATC— a los que no les permitían moverse con libertad, encontraron una solución: ir todos los días al aeropuerto, que no estaba bajo jurisdicción del Ejército sino de la Fuerza Aérea, la cual era mucho más flexible. Además allí encontraban acción, porque solía ser bombardeado hasta tres o cuatro veces cada día (Kasanzew, 2015; Pérez Andrade, 2015).

Eduardo Rotondo (2015), corresponsal que hacía fotografías para la revista *Gente* y grababa en video para la cadena estadounidense ABC, recuerda que su material se mandaba directamente a Estados Unidos en cuanto llegaba a Argentina, sin pasar por ningún censor más. Sin embargo, la cadena pública ATC para la que trabajaba Kasanzew era el canal que se encargaba de contarles a los argentinos la guerra, y ese contenido era el que más tarde, una vez emitido, se distribuía por las televisiones extranjeras, lo que posibilitaba un mayor control sobre sus contenidos. Señala Rotondo que él pudo mostrar lo que realmente estaba pasando, aunque ese material no se viese en Argentina. También reconoce haberse arrepentido por el uso que daban a su material fotográfico, aunque la realidad es que casi no le llegaba información de lo que se publicaba o emitía fuera de las islas. En general, los reporteros recuerdan que con los militares de bajo rango no tenían ningún problema, ya que ellos, los reporteros, eran quienes podían comprarles suministros en la única tienda que había. Recuerdan además que muchas veces los soldados se alegraban de la presencia de los corresponsales, porque así los podían ver sus familias: en muchos finales de grabación aparecían militares saludando a la cámara.

La buena relación de los periodistas con los militares también era fundamental a la hora de trasladarse por las islas, ya que dependían de ellos (Pérez Andrade, 2015). Según Rotondo (2015), los más afortunados en ese sentido fueron los corresponsales de la cadena de televisión pública ATC. En cambio, a él le tocó recorrer muchos lugares a pie, salvo los últimos tres días, en que ya se trasladó la guerra a Puerto Argentino y no tuvo esa dificultad. Los reporteros de la agencia Télam tampoco encontraron grandes dificultades, gracias a las

buenas relaciones con algunos regimientos, como el 25 de Infantería. Según Pérez Andrade (2015), también el contacto era fluido con los militares que no eran afines al gobernador Menéndez. La invasión de las Malvinas había puesto a Argentina en el punto de mira, por lo que los militares argentinos tenían directrices muy claras de no tener ningún conflicto con los *kelpers*. Debían ser muy permisivos con ellos, lo que les generó malestar y llevó a muchos se saltarse las normas y trasladar o dar información a los periodistas.

Por otra parte, los militares decidieron crear sus propios medios para informar a la Fuerza Armada, y el 7 de mayo, por orden del Comandante Militar Conjunto, el general de Brigada Mario Benjamín Menéndez, se creó *La Gaceta Argentina*. Se trataba de un diario que tenía como director al capellán Fray Salvador Santore y como subdirector, al capitán Fernando Orlando Rodríguez Mayo. El primer número se editó y publicó en Puerto Argentino el 8 de mayo de 1982, y su finalidad era “informar la verdad, que viene de lo real y da un nuevo sentido histórico y social a estas tierras malvinenses. La falsedad en las informaciones crea ilusiones absurdas o imaginarias; por el contrario, la misión informativa limpia, muestra horizontales y mantiene en nosotros el alerta viril de la lucha justa y noble que hemos emprendido y que no debe cesar” (*La Gaceta Argentina*, 1982). Su último número, el 11, se publicó el 7 de junio, el Día del Periodista, y hacía una referencia a los reporteros que se encontraban en las Malvinas.

Casi al final del conflicto, cuando los ingleses ya estaban avanzando, según Pérez Andrade (2012), su labor se dificultó no solo a la hora de cubrir la información, sino también para transmitir: “El bloqueo británico había llegado hasta las radiocomunicaciones. Solo se podía hablar por microonda con el continente en los horarios en los que la flota nos dejaba. De giros y telegramas ni hablar”. Finalmente, Argentina se rindió el 14 de junio de 1982 y, entre otras cosas, algunos de los fotoperiodistas se encontraron con que muchos de los carretes que enviaban en los Hércules habían sido robados por los militares y vendidos a los medios extranjeros que estaban en el hotel Sheraton. Según Eduardo Farré y Román Von Eiksten, fotógrafos de la agencia Télam, otros hicieron negocio con su trabajo, porque los medios extranjeros pagaban hasta mil dólares por carrete, al no haber material de las Malvinas. Juan José Marc afirma haber descubierto que instantáneas que hizo con su cámara personal fueron vendidas por 40.000 dólares a la revista *Stern*.

Ante todo lo expuesto, tras entrevistar a los reporteros que estuvieron en las islas cubriendo el conflicto, se evidencian intentos de censura continuados, aunque con un gran descontrol y falta de órdenes claras, que generaron confusión entre los propios profesionales.

ANÁLISIS DE LOS MILITARES TRAS EL CONFLICTO: EL INFORME RATTENBACH

Relacionado con el tercer objetivo de la investigación (O3), es destacable comprobar si el testimonio de los corresponsales de guerra coincide con el Informe Rattenbach. Tras la guerra, durante el gobierno militar de Reynaldo Bignone, se decidió en un decreto secreto del 2 de diciembre de 1982 crear la Comisión de Análisis y Evaluación de las Responsabilidades en el Conflicto del Atlántico Sur (más conocido como Informe Rattenbach), con el fin de asesorar a la Junta Militar para establecer responsabilidades y sanciones entre militares y civiles. La Comisión estaba integrada por seis oficiales de grado de generales, dos de cada una de las tres Fuerzas Armadas. Por parte del Ejército, los dos integrantes eran el teniente general Benjamín Rattenbach, el más veterano, y el general de división Tomás Sánchez de Bustamante. El 16 de septiembre de 1983, la Comisión entregó los resultados de la investigación: 17 tomos, 15 capítulos y 890 párrafos numerados, donde se analizaba con detalle el conflicto y las actuaciones de los mandos durante la guerra. Solo se imprimieron 13 ejemplares, que fueron distribuidos entre los altos mandos de la Junta Militar y los integrantes de la Comisión, pero a finales de noviembre de ese mismo año la revista *Siete Días* publicó la mitad de la investigación (*El historiador*, 2015). Según Rosendo Fraga (2012), fue Sánchez de Bustamante quien filtró a la prensa el texto del informe, no los anexos, con la intención de contribuir a la solidez de la futura democracia y para cambiar la percepción de la población sobre las Fuerzas Armadas. Sin embargo, no sería hasta el 7 de febrero de 2012 cuando la presidenta Cristina Fernández de Kirchner firmó el decreto por el que se desclasificaba el Informe Rattenbach (Casa Rosada, 2015).

En el capítulo “El accionar de las fuerzas propias” del informe se recoge que la censura tuvo una gran influencia y que fue ejercida por ambos países durante y después del conflicto. Concluye que hubo varios errores, al asegurarse que no existía una “organización adecuada para la dirección, la inteligencia, planeamiento ejecución y evaluación de ella” (Informe Rattenbach, 1982, p. 223). Se reconoce que tampoco se “tenían definiciones nacionales acerca a los dilatados y complejos temas de

la Comunicación Social y la Acción Psicológica” y que la Secretaría de Información Pública no fue explotada adecuadamente ya que, a pesar de no contar con una organización y equipamiento ideales, se podría haber adaptado mejor a la situación del momento. El Estado Mayor Conjunto fue el que, una vez comenzado el conflicto, asumió la responsabilidad en esta materia, sin tener experiencia y con una organización básica. De esta manera, se improvisó y todo quedó supeditado al criterio de los mandos, con sus errores y aciertos, al no contarse con un plan preestablecido (Informe Rattenbach, 1982). Además se evidenciaron fallos en la coordinación entre los organismos responsables.

Entre los principales errores, el Informe admite la inexistencia de una organización adecuada que instrumentara eficientemente “el Sistema Nacional de Comunicación Social” y la “ausencia de una cantidad suficiente de especialistas militares en este campo tan complejo de apoyo de la conducción” (Informe Rattenbach, 1982, p. 223). En el punto 4 concluye, además, que no se aprovecharon adecuadamente los medios disponibles y en el 5 critica el “ineficiente control de la información, que proporcionó datos valiosos para el enemigo”. También se critica el haber sido demasiados permisivos con el tratamiento de la información durante la guerra, al dar cabida a efectos triunfalistas. El informe reconoce que hubo una falta de adaptación a las nuevas pautas, lo que provocó que la acción psicológica fuera desactualizada y negativa, sobre todo en la fase final de la guerra.

Entre las conclusiones se recoge también una calificación y valoración de la acción psicológica (entendida esta como la censura y control de la información) durante varias fases. La fase de dirección comenzó una vez ocupadas las islas. Las fases de inteligencia y planteamiento no se ejecutaron previamente, por el secreto impuesto. La fase de ejecución, a pesar del entusiasmo y dedicación, sufrió de falta de conocimiento, además de no existir coordinación en el uso de medios, habiéndose producido un control deficiente, afirmación que coincide con las opiniones de los corresponsales entrevistados en este artículo. La clasificación de la acción psicológica durante esta guerra termina con la fase de evaluación, que es criticada al no haberse desarrollado plenamente “todavía la manera de obtener experiencia para una labor ulterior efectiva” (Informe Rattenbach, 1982, p. 224). Y se asevera que la Comisión considera que es necesario investigar las irregularidades, ya que pueden dar origen a procedimientos judiciales. Entre las responsabilidades que se achacan al Jefe de Estado

Mayor Conjunto se considera que, en materia de acción psicológica, es responsable de:

No requerir ni extremar las medidas necesarias para utilizar organizadamente cuantos medios idóneos existían en el país, para el mejor logro de los fines propios de la acción psicológica. Ejercer la debida fiscalización sobre algunos medios de comunicación social y periodísticos para evitar la difusión de noticias exageradamente exitistas y de otras que afectaban a la seguridad nacional, por la naturaleza de su información. Controlar adecuadamente la actividad del periodismo británico en la Argentina, que tuvo, en cambio, amplias facilidades para el uso de los medios de comunicación. (Informe Rattenbach, 1982, pp. 261-262)

Además, el Informe hace hincapié en que no se agotaron las medidas para investigar el comercio de información que se realizó durante el conflicto. De todo ello se responsabiliza al general Menéndez, gobernador de las Islas, por crear una falsa imagen de fortaleza militar ante sus superiores, la cual tuvo influencia no solo en las negociaciones, sino también “en la acción psicológica ejercida para con el público interno” (Informe Rattenbach, 1982, p. 269).

CONCLUSIONES

Tras la libertad con que contaron los reporteros en la guerra de Vietnam, el gobierno argentino intentó que no se volvieran a repetir los errores cometidos por los estadounidenses, tal y como exponen autores como Pizarroso (2005). De allí que la cobertura informativa del conflicto se caracterizara por el absoluto control de la información y por la escasa presencia de corresponsales en el frente. Con respecto al O1 —analizar la relación entre reporteros y militares—, hemos observado en los resultados que se dificultó el trabajo objetivo de los periodistas a través de un control férreo de todas sus comunicaciones. Uno de los testimonios (Marc, 2015) habla incluso del papel del “comisario censor” y de que los corresponsales debieron aprender a convivir con el control tanto textual como audiovisual de todo lo que captaban. Hemos visto de manera cronológica que la relación entre los militares y los periodistas no fue la misma siempre y que fue evolucionando en función del contexto, hasta el punto de que el Ejército creó un medio de comunicación propio en la última etapa del conflicto. De esta manera, podemos concluir que el control informativo censor del Ejército argentino existió durante todo el proceso bélico, con dos intenciones: a) manipular la percepción de los británicos

sobre los efectos de sus ofensivas, y b) controlar toda la información que llegaba a la opinión pública en Argentina. Con respecto a este último punto, es reseñable el hecho de que hubiese imágenes que llegaban al país argentino y no se emitían por motivos censores, pero que sí se difundían en Estados Unidos (Rotondo, 2015).

Y aquí llegamos a las conclusiones relacionadas con el O2 —observar si las injerencias de los militares estuvieron bien planificadas y organizadas—, referentes a incoherencias detectadas en la estrategia de control informativo por parte de los militares, que crearon en la última etapa de la contienda un medio de comunicación controlado por ellos mismos. Las injerencias de los militares no estuvieron bien planificadas y organizadas y ese control informativo fue desorganizado. En este sentido, el gobierno militar argentino no tenía un plan de comunicación establecido ni estudiado. Las órdenes eran aleatorias e incluso contradictorias entre las diferentes ramas de la Fuerza Armada, llegando muchas veces a depender del militar responsable en ese momento. Estas decisiones personales generaron una mayor confusión entre los propios profesionales. De hecho, queda patente que cuanto más rango tenía el militar, más miedo y más censura existía hacia los corresponsales. En este sentido, al no haber directrices claras (la única que se recuerda era la de no dar información que vulnerara la seguridad de las tropas), los propios corresponsales utilizaron el caos generado en su propio beneficio para acudir a los militares más permisivos, y de esa manera lograr mayor acceso a la información. Por tanto, en función de la jerarquía y del lugar del frente, existían políticas diferentes con respecto a la censura informativa.

En cuanto al O3 —comparar la versión oficial del ejército argentino con la de los periodistas— al contrastar la realidad plasmada por los corresponsales con el Informe Rattenbach, concluimos que respalda la versión de los primeros, ya que el estudio recoge que la censura ejercida se debió más a acciones individuales y aleatorias que a una planificación estudiada y orquestada desde la Junta Militar. Pero los órganos de control no solo fallaron en el frente; también se observa un descontrol sobre la censura que se aplicaba a los medios en Buenos Aires, ya que se llegó a difundir información valiosa que el gobierno argentino hubiese preferido silenciar. En este sentido, es reseñable el interés de los militares por controlar la imagen, el aspecto visual: fotografías y vídeos. Esto podría demostrar la importancia que se da al contenido audiovisual frente al textual,

quizás por su capacidad de impacto, lo que podría ser una línea de investigación abierta para futuros estudios. No obstante, queda patente en los resultados la posibilidad de que sea la escasa formación de algunos militares la causa de que prime el control de la imagen por sobre el del texto. En este sentido, se observa, a través de la entrevista en profundidad a Rotondo (2015), cómo los británicos pudieron haber tomado la decisión de enviar tanques a una zona pantanosa, por las imágenes captadas por él. Lo mismo sucede con el aeropuerto, que interesaba que fuese fotografiado destruido para evitar nuevos ataques. Es decir, los medios de comunicación y el contenido audiovisual influyen directamente sobre las decisiones militares. De ahí la importancia que los militares dan a su relación con los reporteros a partir de este conflicto.

Es reseñable que el control informativo en los dos países implicados no fue el mismo, según revelan los testimonios del estudio. Por ejemplo, en el caso argentino, los corresponsales que estuvieron en las islas aseguran que no se prohibió la cobertura desde allí a otros periodistas argentinos, sino todo lo contrario. De hecho, fueron los demás compañeros los que rechazaron la posibilidad de contar los hechos desde el frente. Por su parte, en el caso británico, el Ministerio de Defensa explicó a los medios que los buques de la Royal Navy solo podían transportar a un número limitado de corresponsales y se seleccionó primero a seis, cifra que, tras las quejas, fue ampliada a diecisiete. Además, los corresponsales británicos se vieron obligados a firmar un documento a través del cual aceptaban la censura de sus crónicas antes de enviarlas.

Como conclusión final, podemos afirmar que la censura argentina en el conflicto de las islas Malvinas fue un acto más casual que algo estudiado y analizado previamente. En este caso, los militares no deberían considerar como un buen ejemplo de control de la información lo que sucedió en este conflicto bélico, de cara a futuras contiendas. Con tal afirmación, como profesionales de la información no estamos defendiendo la necesidad de que exista un manual manipulador de periodistas o corresponsales certero, sino que las autoridades pueden tener en cuenta este conflicto para aprender de los errores en sus intereses propagandísticos. De igual manera, el fin de este artículo es mostrar las dificultades a las que se enfrenta cualquier profesional de la comunicación en su tarea de informar en una contienda a través de un registro audiovisual o textual.

NOTAS

1. El presente texto nace en el marco del proyecto de investigación INFO 3.0. con la financiación de la IV Convocatoria de Ayudas a la investigación competitiva del Vicerrectorado de Investigación de la Universidad Camilo José Cela.

REFERENCIAS

- Betancur, J. G. (2004). La delgada línea entre la información, la desinformación y la propaganda [The thin line between information, disinformation and propaganda]. *Reflexión política*, 6(12), 80-93. Retrieved from <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=11061208>
- Bordería, E., Laguna, A. & Martínez, F. (1998). *Historia de la comunicación social. Voces, registros y conciencias* [History of social communication. Voices, registers and consciences]. Madrid: Síntesis.
- Braojos, A., De Pablo, S. & García, G. (1999). *Historia del periodismo universal* [History of Universal Journalism]. Madrid: Síntesis.
- Burkart, M. (2013). Avatares de la crítica y de la sátira: HUM® y la guerra de las Malvinas [Avatars of criticism and satire: HUM® and the Falklands War]. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.64808>
- Casa Rosada (2015). Acto de firma del decreto de desclasificación del Informe Rattenbach: Palabras de la Presidenta de la Nación [Act of signature of the Declassification Decree of the Rattenbach Report: Words of the President of the Nation]. Retrieved from <http://www.casarosada.gob.ar/informacion/discursos/25694-acto-de-firma-del-decreto-de-desclasificacion-del-informe-rattenbach-palabras-de-la-presidenta-de-la-nacion>
- Comisión Sidle [Maj. Gen. Winant Sidle, USA (Ret.)], (1984). *Final report of the CJCS Media-Military Relations Panel*, August 23, 1984. Washington, D.C.: Office of Assistant Secretary Of Defense.
- El historiador (2015). El Informe Rattenbach - Las lecciones de la Guerra de Malvinas [The Rattenbach Report - The lessons of the Falklands War]. Retrieved from http://www.el-historiador.com.ar/documentos/dictadura/el_informe_rattenbach_las_lecciones_de_la_guerra_de_malvinas.php
- Escudero, L. (1996). *Malvinas: el gran relato. Fuentes y rumores en la información de guerra* [Malvinas: the great story. Sources and rumors in the war information]. Barcelona: Gedisa.
- Farré, E. (2015). Comunicación personal [Personal communication], 22 April 2015.
- Fraga, R. (2012). La otra cara del Informe Rattenbach [The other side of the Rattenbach Report]. *La Nación*, March 24, 2012. Retrieved from <http://www.lanacion.com.ar/1459321-la-otra-cara-del-informe-rattenbach>
- González, J. C. (2015). Comunicación telefónica [Telephone communication], April 27, 2015.
- Greenslade, R. (2013). William Howard Russell - new grave plaque for the father of war reporting. *The Guardian*, July 25, 2013. Retrieved from <http://www.theguardian.com/media/greenslade/2013/jul/25/thetimes-war-reporting>
- Informe Rattenbach (1982). Informe Final de la Junta Militar, Comisión de Análisis y Evaluación de las Responsabilidades del Conflicto del Atlántico Sur [Final Report of the Military Junta, Commission for the Analysis and Assessment of the Responsibilities of the South Atlantic Conflict]. Buenos Aires, 1982. Retrieved from http://www.clarin.com/politica/Descarga-informe-Rattenbach_CLAFIL20120322_0006.pdf
- Kaplan, M. (1984). La guerra de las Malvinas. Aspectos políticos jurídicos [The Falklands War. Legal political aspects]. *Boletín Mexicano de Derecho Comparado*, (49), 19-53. Retrieved from <https://revistas.juridicas.unam.mx/index.php/derecho-comparado/article/view/1945/2202>
- Kasanzew, N. (2012). *Malvinas a sangre y fuego* [Falklands with blood and fire]. Buenos Aires: PUNTO Arte y Reproducciones S.A.

- Kasanzew, N. (2015). Comunicación personal [Personal communication], 27 April 2015.
- Knightley, P. (2001). Juego sucio [Dirty game]. In M. Leguineche, & G. Sánchez (Eds.). *Los ojos de la guerra* [The Eyes of War] (pp. 243-254). Madrid: Random House Mondadori.
- Knightley, P. (2004). *The First Casualty. The war correspondent as hero and myth-maker from the Crimea to Iraq*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- La Gaceta Argentina (1982). Retrieved from <http://www.aposmalvinas.com.ar/2lga1p1.htm>
- Lavín, E. & Römer, M. (2015). Los orígenes del control informativo en las coberturas de guerra [The origins of the control of information in war coverage]. *Historia y comunicación social*, 20(1), 121-135. https://doi.org/10.5209/rev_HICS.2015.v20.n1.49551
- Marc, J. J. (2015). Comunicación personal [Personal communication], 30 April 2015.
- Menajovsky, J. (2011). Fotografía y dictadura. Memoria que construye el presente [Photography and dictatorship. Memory that builds the present]. In A. Silva, F. Bustingorry & M. E. Iturralde (Coords.), *Políticas, comunicación y organizaciones en la primera década del milenio* [Politics, communication and organizations in the first decade of the millennium] (pp. 20-26). Tandil: Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Retrieved from <http://www.soc.unicen.edu.ar/proincomsci/images/PDFs/LIBROS/libromuestra.pdf>
- Novo, M. (2015). Comunicación personal [Personal communication], 10 May 2015.
- Pérez Andrade, D. (2002). Malvinas: la guerra desde adentro [Falklands: the war from inside]. *La Nación*, May 12, 2002. Retrieved from <http://www.lanacion.com.ar/222564-malvinas-la-guerra-desde-adentro>
- Pérez Andrade, D. (2015) Comunicación personal [Personal communication], 29 April 2015.
- Pizarroso, A. (2005). *Nuevas guerras, vieja propaganda (De Vietnam a Irak)* [New wars, old propaganda (From Vietnam to Iraq)]. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Pizarroso, A. (2008). Justificando la guerra. Manipulación de la opinión pública en los conflictos más recientes [Justifying the war. Manipulation of public opinion in the most recent conflicts]. *Comunicación*, 1(6), 3-19. Retrieved from http://www.revistacomunicacion.org/pdf/n6/articulos/1_Justificando_la_guerra_Manipulacion_de_la_opinion.pdf
- Pizarroso, A., González, M. & Sapaq, P. (2007). *Periodismo de guerra* [War Journalism]. Madrid: Síntesis.
- Ramonet, I. (1997). La guerra en los medios [The war in the media]. *Papeles*, (62), 79-88. Retrieved from <http://www.edualter.org/material/globalizacion/medios.htm>
- Rotondo, E. (2015). Comunicación personal [Personal communication], 4 May 2015.
- Schroh, R. (2015). Comunicación personal [Personal communication], 22 April 2015.
- Shor, R. (1998). *Historia y poder de la prensa* [History and power of the press]. Santiago de Chile / Barcelona: Andrés Bello.
- Von Eiksten, R. (2015). Comunicación personal [Personal communication], 15 May 2015.
- Wollamn, R. (2015). Comunicación personal [Personal communication], 16 April 2015.

SOBRE LOS AUTORES

Eva Lavín es Doctora en Comunicación por la Universidad Camilo José Cela y Licenciada en Comunicación Audiovisual por la Universidad Europea de Madrid. Máster en Producción de Cine y Televisión por la Universidad Complutense de Madrid. Productora de televisión por más de diez años en Telecinco y La Sexta. Profesora de la Universidad Camilo José Cela y evaluadora de la Fundación Española para la Tecnología (FECYT).

Jorge Gallardo-Camacho es Doctor en Comunicación Audiovisual y Publicidad (Cum Laude) de la Universidad de Málaga; MBA en empresas de TV de la Universidad de Salamanca; y ganador del primer Premio Nacional de Comunicación Audiovisual en España. Autor de una docena de artículos de revistas y varios libros sobre periodismo, televisión y medios de comunicación. Es profesor de la Universidad Camilo José Cela y varios másters y subdirector de Espejo Público de Antena 3 TV.